

# CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación  
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.  
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXV  
Julio-Diciembre 2019  
Número 68

## SUMARIO

**Presentación:** *Bernardo Pérez Andreo* (Dir.)

### SECCIÓN MONOGRÁFICA: El futuro de la Teología; la Teología del futuro.

**José Ignacio González Faus**

*Qué dice el Espíritu a la Iglesia: La Teología del siglo XXI como escucha del Espíritu.* . . . . . 301-321

**Martín Carbajo Núñez**

*"Everything is connected". Communication and integral ecology in the light of the encyclical Laudato Si'* . . . . . 323-342

**João Manuel Duque**

*Para uma teologia do futuro como futuro da teologia.* . . . . . 343-376

**Lluís Oviedo Torró**

*El futuro de la teología, teología del futuro: diagnóstico y pronóstico.* . . . . . 377-398

### SECCIÓN MISCELÁNEA

**Francisco Martínez Fresneda**

*La paz y los musulmanes en San Francisco y en el Papa Francisco.* . . . . . 399-423

**Marta María Garre Garre**

*La antropología de Juan Alfaro y sus repercusiones en el acto de fe.* . . . . . 425-442

**Vicente Llamas Roig**

*Poesis y alienación en la dialéctica marxista.* . . . . . 443-483

**Antonio Sánchez-Bayón**

*Renovación de la Teología política y Sociología de la religión en la posglobalización: revitalización del movimiento santuario para inmigrantes en EE.UU.* . . . . . 485-510

**Santiago Hernán Vázquez**

*Terapéutica del Alma en Evagrio Póntico: La acción curativa del Gnóstico a la luz de la intervención angélica.* . . . . . 511-535

### NOTAS Y COMENTARIOS

**Francisco Henares Díaz**

*Loor y gloria. El motivo de la encarnación. Última obra de Vincenzo Battaglia.* . . . . . 537-552

**BIBLIOGRAFÍA** . . . . . 553-584

**LIBROS RECIBIDOS.** . . . . . 585-586

**ÍNDICE DEL VOLUMEN** . . . . . 587-590

**EL FUTURO DE LA TEOLOGÍA, TEOLOGÍA DEL FUTURO:  
DIAGNÓSTICO Y PRONÓSTICO**

**THE FUTURE OF THEOLOGY, THEOLOGY OF THE FUTURE:  
A DIAGNOSIS AND A PROGNOSIS**

**LLUÍS OVIEDO TORRÓ OFM**  
Pontificia Universidad Antonianum  
loviedo@antonianum.eu

Recibido 30 de diciembre de 2018 / Aceptado 3 de febrero de 2019

*Resumen:* Una percepción bastante pesimista de la situación que atraviesa actualmente la teología obliga a reflexionar sobre los motivos que afectan a su pérdida de relevancia, como una condición previa que permita dilucidar posibles estrategias de futuro. Se propone, en un segundo momento, asumir una actitud más falibilista y abierta a la corrección; una orientación empírica e interdisciplinar; y asumir un modelo más evolucionista. Por último, se plantean grandes retos que determinan las posibilidades de futuro de la teología: que contribuya a frenar la marea secularizadora; que acompañe la búsqueda espiritual; que se adecue a la mentalidad científica; y que recupere su capacidad veritativa y normativa dentro de la Iglesia. La propuesta de futuro debe partir de una revisión de las limitaciones que se observan en el momento actual.

*Palabras clave:* Autorreferencia; Ciencia; Falibilidad; Método empírico; Secularización.

*Abstract:* A rather pessimistic perception of the current situation that afflicts theology invites us to reflect on the reasons for its loss of relevance, as a precondition for elucidating possible future strategies. It is proposed, in a second moment, to assume a more fallibilist attitude and open to correction; an empirical and interdisciplinary orientation; and to assume a more evolutionary stance. Finally, big challenges need to be addressed for a theology with some future: that it contributes to curb the secularizing tide; that it might accompany the spiritual search; that it might suit in the scientific mentality; and that it recovers its veritative and normative capacity within the Church. Any proposal for the future must start from a review of the limitations observed at the present time.

*Keywords:* Self-reference; Science; Fallibility; Empirical method; Secularization.

## Introducción

Al tratar de concebir la teología del futuro, conviene plantearse como paso previo un diagnóstico sobre su situación actual, que nos permita también imaginar los escenarios futuros o si tendrá un espacio propio en el panorama social, cultural y eclesial del mañana. Sólo a partir de una observación de los límites, los desafíos y las oportunidades que emergen en nuestro tiempo, se puede diseñar una orientación de futuro. En realidad, se trata de aplicar la invitación conciliar sobre la necesidad de leer los ‘signos de los tiempos’ a la propia teología, cuya tarea principal era contribuir a dicha lectura y a desvelar su sentido.

En general la impresión no puede ser más pesimista y desengañada: la teología actual, en su mayoría, tiene muy poco futuro, sea en la propia Iglesia, o – todavía menos – en la sociedad y cultura de su ambiente. Las razones principales que justifican una visión tan desencantada se pueden dividir entre externas e internas. Entre las externas, las principales son la crisis que marca la tendencia secularizadora, que vuelve completamente irrelevante el esfuerzo teológico, y el predominio de una mentalidad más crítica y científica que cuestiona profundamente las raíces y la validez cognoscitiva de la empresa teológica. Además, el avance en estos últimos años de los estudios científicos de la religión, vuelven a la teología obsoleta en el intento de comprender el fenómeno religioso y de corregir sus excesos. Entre las razones internas, cabe distinguir unas internas al ambiente eclesial y otras internas a la misma teología. Dentro de la Iglesia, la causa más aparente del desprestigio de la teología son las tendencias anti-intelectualistas, que dominan desde hace tiempo en muchos sectores de la Iglesia, y que cuestionan la utilidad de la labor teológica, que a lo sumo sería una pérdida de tiempo, una distracción, y en el peor de los casos, una fuente de confusión. Si se va a la teología misma, las razones de la crisis que arrastra son varias, quizás la más importante haya sido su incapacidad para afrontar los verdaderos problemas de la fe, las cuestiones más relevantes o los retos de mayor calibre, y haberse vuelto muy autorreferencial, y en definitiva anodina o especulativamente vacía, un discurso que no interesa a casi nadie.

Cualquier intento de diseñar un futuro para la teología pasa necesariamente por la voluntad de subsanar todos los problemas que se han descrito, o al menos de afrontarlos sin sentirnos intimidados por un cierto ‘complejo de inferioridad epistémica’ o por el temor de ser ninguneados en el circo mediático y cultural.

Seguramente la teología tiene futuro, pero para ello debe cambiar radicalmente muchos de sus planteamientos y orientaciones, así como sus cuadros de interés, o de lo contrario tendrá que conformarse con volverse un

discurso marginal, también dentro de las comunidades cristianas, una actividad de conservación de la memoria histórica sin incidencia en el presente, o simplemente un instrumento para la selección y formación de los cuadros eclesiales.

El análisis que propongo en este artículo parte de una revisión de las causas que han llevado al desprestigio e irrelevancia actual del discurso teológico, para intentar, en un segundo momento, marcar las orientaciones que podrían animar la tarea teológica para que se vuelva más adecuada a las exigencias de nuestro tiempo. Por último, quiero plantear una serie de retos y tareas que la teología debería afrontar si quiere ser una reflexión útil y significativa en el futuro.

## **I. Una propuesta de revisión**

### **1.1. La teología en la encrucijada de una sociedad y una cultura no religiosas**

Ante todo, tengo la impresión de que la mayor parte de la elaboración teológica actual no ha tomado conciencia del inmenso cambio cultural que se ha producido en las llamadas ‘sociedades avanzadas’, y que ha vaciado en gran medida de significado la propuesta cristiana y – aún más – la reflexión teológica. En pocas palabras, la organización social en esos ambientes ha vuelto la oferta religiosa poco útil e incluso molesta, pues dichas sociedades prescinden en buena parte de la dimensión religiosa para administrar sus servicios, y la mayoría de sus ciudadanos no necesitan ‘religión’ para dar sentido a sus vidas. Si no hace falta religión, entonces todavía hace menos falta la teología, que se antoja a muchos un discurso hueco, una curiosidad del pasado, un ejercicio retórico sin contenido relevante o de mínima utilidad ante los problemas que afronta la gente.

Si hacemos un somero análisis de la producción teológica de los últimos 50 años, parece bastante obvio que muy poco ha cambiado en dicho panorama y que el impacto de ese ambiente fuertemente secularizado ha sido mínimo, es decir se ha seguido haciendo teología como si todavía estuviéramos inmersos en sociedades cristianas o muy marcadas por la dimensión religiosa, lo que evidentemente no es el caso. Claro, la pregunta es cómo debería haber encajado la teología dicho impacto cultural, en qué medida se podía adaptar al nuevo ambiente marcado por la no-religión. Una primera respuesta apunta a la exigencia de una orientación más apologética ante las dificultades que vivía la fe, y de un diálogo con la cultura que le permitiera buscar y ofrecer posibilidades de nueva relevancia. De

nuevo tengo la impresión de que se ha hecho muy poco al respecto. Hay que tener en cuenta, sólo como un ejemplo, que – en su inmensa mayoría – los teólogos de mi generación y la anterior se preocuparon muy poco de leer los estudios que trataban de explicar lo que estaba ocurriendo en el ámbito religioso, ese desgaste constante que – a falta de una palabra mejor – se designó como ‘secularización’. Dominó entre los años 70 y 90 una interpretación bastante pobre y parcial de dicho fenómeno, a causa de la falta de información o del desinterés ante un problema que sobrepasaba a los teólogos, o que les remitía a un campo en el que muchos se sentían incómodos y desorientados: la sociología de la religión, ante la que se nutrían muchos prejuicios y una gran incompreensión.

Sea como sea, la teología hoy paga las consecuencias de una situación que se le ha ido de las manos, pero que le afecta directamente. De hecho una de las consecuencias más inmediatas del declive religioso es la considerable pérdida de estudiantes de los centros teológicos, sean seminaristas, consagrados o laicos, lo que obliga a redimensionar muchas de dichas instituciones académicas y mortifica a los profesores, que a menudo deben dar sus lecciones en aulas casi vacías, con la consecuencia de un fuerte desánimo y falta de motivación para profundizar en la mejor preparación e investigación, cuando pensamos que todo ese esfuerzo va a aprovechar al final a pocos estudiantes. La dimensión religiosa interesa cada vez menos en sociedades desecristianizadas, y la reflexión que trata de comprenderla se vuelve algo anecdótico y muy periférico en el ámbito académico.

Otro factor externo que afecta negativamente al desarrollo de la teología ha sido la profusión en estos últimos quince años de los nuevos estudios científicos de la religión, que se convierten en una propuesta que desplaza a la teología como modelo teórico que permite comprender mejor el fenómeno religioso. De hecho, un cierto interés por lo religioso sí existe, al menos a causa de su incidencia en varios frentes internacionales, los problemas que se asocian a ciertos comportamientos religiosos, y que un sector cristiano todavía juegue un papel bastante fuerte en el panorama político norteamericano y en otras latitudes. En general preocupan los efectos negativos de la religión y su incidencia en el plano de la estabilidad política y económica, sobre todo en algunas regiones, así como las patologías que se asocian a dichas creencias, aunque también interesa su utilidad en procesos terapéuticos y otros beneficios que cabe esperar en un ambiente de post-secularización. De todos modos, en los últimos años, los nuevos estudios científicos de la religión, sobre todo los cognitivos y los biológicos-evolucionistas, claramente han desplazado a las disciplinas clásicas, como la teología y la filosofía de la religión, a la hora de comprender

procesos religiosos de cierto alcance, e incluso en el intento de ‘explicar’ la religión<sup>1</sup>.

El problema descrito se inscribe en otro más amplio, de tipo epistemológico o sobre el lugar del conocimiento teológico en el conjunto de los saberes académicos. Está claro que las ciencias y sus aplicaciones técnicas dominan dicho panorama, y se convierten en el patrón o estándar ante el que deben medirse todos los demás saberes y disciplinas. Pues bien, la teología claramente se queda muy atrás en dicha comparación, y – todavía peor – se ve muy afectada por la mentalidad científica dominante, que la vuelve un desarrollo muy poco plausible en términos de los criterios que certifican la calidad epistémica de un discurso o una disciplina académica. En general, la inmensa mayoría de los teólogos han ignorado ese reto, y han dado por buena una supuesta separación y distribución de tareas que consagraría un principio de inconmensurabilidad entre las ciencias naturales y la teología, lo que debería garantizar su autonomía y la no interferencia de las primeras en la segunda. Ese planteamiento, por desgracia, no se sostiene, y de hecho las ciencias afectan de muchos modos a la fe, y por ende, a la reflexión que la acompaña. Cabe decirlo de forma franca: el gran desarrollo científico ha pillado a la teología desprevenida, y en su mayor parte ha sido incapaz de reaccionar y de adecuarse a dicho contexto para hacer valer sus propuestas en relación con esa mentalidad. En la mayor parte de los casos, hemos perdido el respeto de los científicos, que ven nuestra disciplina como una reliquia poco plausible del pasado. Por poner sólo un ejemplo de la inadecuación de la teología a la ciencia, la mayor parte de la antropología teológica se ha seguido elaborando de espaldas a los muchos desarrollos de las ciencias aplicadas al conocimiento de la condición humana, con grave merma de la credibilidad de una visión que no sabía qué hacer con el tema del pecado original después de los avances en los estudios sobre la evolución humana, a pesar de que ese es un tema imprescindible y central de la soteriología cristiana: sin una comprensión del mal antropológico, difícilmente podremos comprender la propuesta cristiana de salvación, que incluye una forma de redención.

## **1.2. La teología ante su crisis de relevancia eclesial**

La otra fuente de crisis y desprestigio actual de la teología tiene que ver con su propio ambiente intraeclesial. Decía el gran teólogo español Olega-

---

<sup>1</sup> J.W. Jones, *Can Science Explain Religion?: The Cognitive Science Debate* (Oxford, New York: Oxford University Press, 2015).

rio González de Cardedal que los tres lugares de la teología son: el aula, la iglesia y la plaza<sup>2</sup>. Se refería obviamente a los ámbitos en los que se vuelve útil y significativa: el de la enseñanza, el de la predicación y catequesis, y el foro público o en el diálogo con la cultura del propio tiempo. Considero que dicha descripción es adecuada, aunque seguramente debemos incluir en el segundo ámbito la orientación a los pastores, o el asesoramiento que la reflexión teológica puede prestar a los dirigentes eclesiales para que adopten las decisiones más convenientes.

Mi impresión es que cada vez se han reducido más dichos ámbitos y que en general la teología tiene casi la única función de seleccionar y acompañar a los candidatos a los ministerios y a otros oficios eclesiales; las otras dos funciones casi se han desvanecido. La teología ha dejado hace mucho tiempo de ser un sujeto en el debate público, aunque en este caso es difícil decidir sobre las causas; en buena parte se debe al problema de irrelevancia al que he apuntado en el título anterior, pero por otra puede ser debido a la inhibición de los teólogos o a la falta de canales de diálogo y encuentro con otros expertos; de hecho somos pocos los teólogos que asistimos a congresos sobre el estudio de la religión, sobre cuestiones de antropología o todavía menos de cuestiones sociales. En general la teología se ha retraído de muchos foros donde su presencia sería muy útil y conveniente, además de devolverle cierta relevancia a través de su capacidad de interlocución.

De todos modos, es más preocupante la crisis de relevancia de la teología en el segundo ámbito señalado, que es la iglesia, entendida como el lugar de la comunidad cristiana y en referencia a los ministerios de discernimiento y enseñanza. El problema principal es que se ha instalado en estas últimas décadas un ambiente muy anti-intelectualista que aflige cualquier intento de reflexión más exigente y de diálogo entre fe y razón<sup>3</sup>. Cabe distinguir a ese respecto dos niveles: el popular y el de los dirigentes o pastores. A nivel popular se observa desde hace tiempo una cierta distancia e incluso desconfianza de los fieles ante los teólogos. A veces las tendencias más devocionalistas ponen a la teología bajo fuerte sospecha de enfriar los corazones y de propiciar una fe desarraigada, demasiado racional. En otras ocasiones, algunos sectores desconfían de la teología por distraer de las tareas más urgentes, por no aportar nada útil a la transformación que anuncia el Evangelio. También

---

<sup>2</sup> O. González de Cardedal, *El quehacer de la teología* (Salamanca: Sígueme 2008), 238.

<sup>3</sup> Lluís Oviedo Torró, «La teología ante el reto del anti-intelectualismo en la Iglesia», en *Testimonio y sacramentalidad: Homenaje al Profesor Salvador Pié-Ninot*, ed. por J.L. Cabria y R. de Luis, (San Esteban: Salamanca, 2015), 307-332.

en este caso no es fácil atribuir responsabilidades: por un lado, estaría una cierta desafección del pueblo y de muchos sacerdotes; pero por otro estaría también una incapacidad de la teología de salir al paso de las preguntas que se hacen los fieles, o de las que se hacen los que van dejando la Iglesia ante la falta de respuestas. Este punto no es sólo una impresión personal, sino algo que recordaba también el conocido teólogo español Salvador Pié i Ninot en unas Jornadas de Teología Fundamental celebradas en Murcia en 2013.

Otro signo preocupante es que el programa del Papa Benedicto XVI que apremiaba a un diálogo comprometido y profundo entre fe y razón ha pasado a ser uno de los puntos de su magisterio que menos ha calado en los ambientes teológicos, y menos aún entre el clero o los pastores, o incluso entre los entusiastas del pensamiento de Ratzinger. De hecho, esa otra función a la que aludía anteriormente, es decir, el asesoramiento a los pastores de cara a discernir mejor los signos de los tiempos y tomar las decisiones más adecuadas, deja mucho que desear. Un síntoma de esa situación ha sido la fatiga para restaurar en España un ámbito de diálogo entre obispos y teólogos, tras años de crisis, tensiones y desconfianza mutua. Lo mismo cabe decir respecto de otras autoridades, como superiores mayores y regionales, que en general prescindían completamente del asesoramiento de quienes deberíamos ser reconocidos como los 'expertos' de la fe cristiana y de la lectura de los 'signos de los tiempos'. Es cierto que éste no es ni mucho menos el único sector en que se mira con sospecha y recelo a los expertos, pero es triste que no se reconozca el esfuerzo de quienes más han estudiado y tratan de comprender la realidad de la fe y sus problemas. De nuevo cabe pensar que la teología en general no se ha preparado para cumplir dicha misión, o lo que es peor, que su asesoramiento en el pasado ha sido todo menos acertado o útil, y ciertamente tengo en la memoria algunos casos. Ahora bien, estamos ante el problema central: que la teología no se ha concebido ni practicado como un discurso que trata de ser útil a partir de un diagnóstico de los signos de los tiempos y de ofrecer propuestas de renovación o que ayuden a recuperar el significado de la fe que profesamos.

### **1.3. Una teología demasiado ensimismada**

La última frase del punto anterior conecta decididamente con el tercer campo en nuestro análisis de las causas del malestar teológico actual, o mejor todavía de su carácter anodino o inane fuera y dentro de la Iglesia. Como ya se ha apuntado varias veces, una buena parte del problema estriba en las limitaciones internas de la teología que se ha elaborado en los últimos treinta años. El Concilio Vaticano II fue un momento álgido para la teología católica, en el que se reconocieron los esfuerzos y méritos de una entera

generación de grandes maestros, que a menudo habían sido hasta poco antes marginados e incomprensidos; dicha teología marcó claramente la agenda de aquel sínodo y propició una corriente de renovación que se prolongó al menos por otros diez años. Sin embargo, no se podía vivir de esa renta por mucho más tiempo, y tras el declive de aquella generación ‘heroica’ no bastaba con repetir los mismos temas y de seguir comentando aquellos documentos, descuidando los potentes cambios culturales que se estaban produciendo y que no podían ser previstos por los padres conciliares. Muchos seguían mirando al pasado, a la gran gesta del Concilio y a sus directrices, mientras las cosas ya estaban cambiando de una manera precipitada.

Asistimos a partir de mitad de los años 70 – en mi periodo formativo – a una transformación social y cultural en toda Europa que no se acompañó en general de una reacción teológica adecuada. El largo papado de Juan Pablo II marcó una cierta división entre tendencias de distinto signo en el panorama teológico, pero no una atención focalizada en los retos que estaban surgiendo y en los problemas que vivía la fe, quizás distraídos por otros acontecimientos a nivel internacional, como fue la crisis del comunismo y el fin de su amenaza para los creyentes. No obstante, lo que fue sin duda un éxito epocal, hizo que muchos dejaran de observar otras dificultades más sutiles e insidiosas que ya estaban afectando a la fe y a su reflexión. En aquellos años teníamos muchos la impresión de que la teología aquí en Roma – donde estoy escribiendo estas páginas – debía ser un comentario y obsequio al magisterio del Papa y de los obispos, y no una instancia reflexiva autónoma con capacidad crítica y de diálogo con los pastores, y todavía menos un observatorio desde el que se pudieran discernir los problemas reales, las amenazas, y sugerir soluciones. ¿Dónde estaba la teología cuando más falta hacía a la hora de corregir los graves errores de gestión de los abusos sexuales en la Iglesia?

No es raro que en el panorama descrito, de una teología cada vez menos significativa, haya quien se refiera a una parte de la elaboración reciente con el poco correcto término inglés de *bullshit theology*<sup>4</sup>. Este término denota en inglés un discurso retórico vacío, que trata de justificarse de forma engañosa, y que no sirve para nada. El término lo consagró el joven teólogo canadiense Randall Rauser contra estilos teológicos incapaces de argumentar de forma convincente y de ofrecer un desarrollo capaz de suscitar ideas claras y respuestas eficaces, para lo que el autor se refería a dos autores contem-

---

<sup>4</sup> Randall Rauser, «Theology as a Bull session», en *Analytic Theology: New Essays in the Philosophy of Theology*, ed. por O.D. Crisp & M.C. Rea (Oxford University Press: Oxford, 2009), 70-85.

poráneos del ámbito alemán y americano. De todos modos, el término se aplica hoy a un sinfín de expresiones teológicas, y basta dar una ojeada a un buscador de Internet para hacerse una idea de su extensión. La cuestión es que mucho ha de cambiar el estilo o modo de hacer teología para sustraerse de una calificación tan negativa, y para recuperar un poco de respetabilidad académica. Desde luego no ha ayudado a ese fin la simpatía que han despertado en algunos teólogos las tendencias del pensamiento postmoderno, que han sido recibidas con gran entusiasmo por un sector que aprovechó el río revuelto para descalificar a la racionalidad moderna y a la producción científica y para proponer un discurso teológico a menudo enredado y poco inteligible, como suele ser la jerga postmoderna. Claro que tampoco han sido de gran ayuda la profusión de teologías que conectaban con las nuevas sensibilidades culturales y sociales, como las cuestiones de género, de raza, o de minorías culturales. A pesar de sus bienintencionados intentos de conectar con sensibilidades muy actuales, en realidad se volvían a menudo una distracción respecto de los grandes problemas que atraviesa la fe en un mundo que cada vez prescinde más de la misma, y que amenaza con hacer de los creyentes verdaderos grupos marginados, sobre todo en ciertas áreas occidentales, tanto o más que otros de los sectores sociales y culturales que atraen la atención de esas nuevas teologías.

Así las cosas, necesitamos modelos alternativos que puedan desbloquear la tarea teológica para hacerle recuperar la relevancia que había perdido. Para ello sería un buen comienzo tener en cuenta los problemas señalados y tratar de responder o de encontrar soluciones. A menudo los retos se convierten en oportunidades cuando los sujetos y las instituciones aprenden de los propios fallos y maduran a partir de nuevos intentos.

## II. Una teología con visión de futuro

En esta segunda parte de la reflexión que propongo conviene aprender de las limitaciones señaladas, para intentar corregirlas o afrontar los retos que se han ido acumulando en ese elenco de males que sufre la teología tanto ad intra como ad extra. Las propuestas se refieren más a cuestiones de método, o si queremos de ‘estilo’ – en el sentido al que apunta Christoph Theobald<sup>5</sup> – que de contenido, pero con ello se invita a dar un cierto giro y a superar formas de hacer teología que me parecen bastante obsoletas en el panorama cultural y académico actual.

---

<sup>5</sup> Christoph Theobald, *El estilo de la vida cristiana*, Salamanca: Sígueme, 2016.

## 2.1. Una teología más falible

En primer lugar, indico la necesidad de que la teología se acerque al ideal y modelo de otras muchas actividades científicas asumiendo un cierto estatus de ‘falibilidad’. De ‘infalibilidad’ se ha hablado mucho, y todos somos conscientes de que se trata de una atribución de carácter excepcional en el magisterio del Papa y – por extensión – de la Iglesia. No sería prudente, claro, abusar de dicha atribución ni aplicarla a demasiadas áreas o discursos de la Iglesia. Una cierta modestia y reconocimiento de los propios límites y de la gran probabilidad de equivocarnos nos vuelve mucho más creíbles que cuando se cae en la arrogancia de creernos infalibles.

La idea de falibilidad se asocia actualmente a un principio bien asentado en la epistemología científica: la investigación propone teorías e interpretaciones de datos siempre parciales que va recogiendo; de ahí nacen también predicciones sobre el desarrollo de sistemas o de tendencias. Si las predicciones no se cumplen, habrá que revisar las teorías, o habrá que recoger más datos. El principio que nutre una buena parte de la búsqueda de la verdad y del desarrollo contemporáneo de la razón es que todo es un poco provisional, que necesitamos estar abiertos a reconocer el error y a corregir, como condición para progresar y mejorar nuestros conocimientos y nuestra actuación en vistas al progreso. El siglo XX nos ha enseñado – entre otras muchas cosas – a ser más cautos en cuanto a las pretensiones de racionalidad, o a las ambiciones de la razón moderna. Dicha cautela ha podido ser percibida como un cierto debilitamiento de la razón contemporánea, pero también como su verdadera fuerza, la clave de su éxito. De hecho, sólo los sistemas que son capaces de reconocer sus propios errores pueden aprender y avanzar tras corregirse: esa es la grandeza de la racionalidad más avanzada, que deja de ser totalitaria y absolutista para ser una actitud siempre dispuesta a la corrección y abierta al aprendizaje.

Considero tremendamente importante este punto sobre las orientaciones de la racionalidad de nuestro tiempo si queremos que la teología también se haga respetar como un discurso creíble y eficaz. Es cierto que la elaboración teológica no procede como la científica, en el sentido de recoger datos, analizarlos y formular predicciones que se puedan verificar o desmentir, pero tampoco estaría de más que se acercara al mismo, algo que no se me antoja tan difícil. De hecho, también la tarea teológica parte de datos, sobre todo de dos tipos: por una parte, de los revelados y, por otra, de los que se dan en el ambiente social, cultural y eclesial. La reflexión ofrece análisis a la luz de dichos datos y formula orientaciones que en muchos casos tienen un carácter normativo, en el sentido de distinguir entre lo que contribuye a la comprensión y vitalidad de la fe cristiana y qué la vuelve irrelevante o

anodina en un determinado ambiente y tiempo. El siguiente paso, es decir, el de revisión de orientaciones a la luz de su utilidad o capacidad de animar a las comunidades cristianas o de volver la fe más creíble, parece descontado, aunque debo reconocer que son escasos los esfuerzos que se orientan en dicho sentido. Dos ejemplos pueden servirnos para aclarar las cosas. En primer lugar, la llamada ‘teología de la secularización’ que se promovió en las décadas de los 60 y 70, pero que dejó una profunda huella en las siguientes, puede ser vista hoy como una orientación que merece una profunda revisión a la luz de los desarrollos vividos en estos últimos años y los muchos estudios publicados. También la ‘teología de la liberación’ conoce convenientes revisiones a la luz de los desarrollos sociales y económicos y de una mejor percepción de las condiciones de vida real de las poblaciones que han inspirado ese laudable empeño teológico. Sería demasiado fácil desestimar dichos esfuerzos como ‘periféricos’ a la tarea teológica central, ¡sería un grave error! Esas teologías fueron un intento de hacer las cuentas con la realidad del momento, y de corregir lo que no iba o se ignoraba en formas anteriores; hubiera sido mucho peor para la teología si no hubiéramos contado con dichos desarrollos. Precisamente las revisiones propuestas no se plantean en contra de los mismos, sino más bien como intentos de mejorar y volver más plausible y eficaz unos análisis inspirados en la fe que – de otro modo – podrían ser completamente desdeñados en la comunidad académica por no tener en cuenta muchos datos y análisis disponibles.

## **2.2. La importancia de la dimensión empírica**

Seguramente el punto apenas señalado enlaza con la conveniencia de que la teología tenga más en cuenta los datos de la realidad concreta, y evite ser un discurso demasiado especulativo y sin referencias en el mundo de la vida. De hecho, lo que más invita a corregir desarrollos teológicos como los apenas descritos en el punto anterior es la percepción de que las cosas estaban de otro modo, o no se correspondían con las descripciones y las indicaciones de la teología mayoritaria.

En este caso también conviene hacer una reflexión previa. Una buena parte de la teología moderna y contemporánea ha aplicado un programa claramente idealista, es decir, una visión en la que las ideas, o la coherencia de los planteamientos, su tono convincente, era lo que contaba, aunque no se ajustaran a la realidad. Como se suele comentar en tono de sarcasmo del idealista filosófico: cuando las ideas no se ajustan a la vida real, ¡peor para la realidad! Lo cierto es que la mayor parte de la teología se había instalado en una ‘zona de confort’ teórica y especulativa en la que era fácil caer en los sesgos más habituales cuando se rehúye la confrontación con la realidad

concreta: la proyección de las propias ilusiones y expectativas; la profecía autocumplida; o la conformidad al propio ambiente interno. Sigue siendo difícil que el trabajo teológico se abra a los métodos empíricos, y es una empresa ardua convencer a los estudiantes e investigadores para que adopten dichos métodos a la hora de realizar sus tesis o sus estudios, incluso cuando se ocupan de cuestiones que podemos calificar como ‘teología práctica’, algo que debería ser una dimensión de toda teología.

Sería deseable que la teología – si quiere tener futuro y ganar respetabilidad – se abriera más a la aplicación de métodos empíricos como una ayuda eficaz a la hora de discernir los signos de los tiempos; de distinguir entre orientaciones teológicas acertadas, y las que se alejan de la realidad; y para contribuir a corregir visiones que simplemente se apartan de la vida real, de sus exigencias y demandas. Dicho programa incluye – por supuesto – la escucha a las preguntas que proceden de los fieles y de los alejados, algo que a menudo ha sido completamente descuidado, o no hemos sido capaces de efectuar a causa de la falta de instrumentos o de una cultura académica sensible a dichos inputs. Todo ello ha nutrido una fuerte desconexión entre las dificultades y expectativas de nuestro ambiente cultural y eclesial, y la elaboración de los teólogos, que a menudo estaban en otra cosa, o bien entendían su profesión como una hermenéutica de textos antiguos, simplemente a la luz de lo que se considera actual en un sentido amplio, aunque no contrastado con los datos. Necesitamos además procedimientos que nos permitan verificar qué propuestas teológicas son más acertadas y acercan más el anuncio cristiano a generaciones cada vez más alejadas de esa fe y de esos valores, algo que no debería ser tan difícil cuando contamos con una amplia variedad de métodos de observación que hemos aprendido de las ciencias sociales, de las que la teología puede recibir muchas aportaciones útiles.

### **2.3. Una teología más interdisciplinar**

El Papa Francisco, en su constitución apostólica *Veritatis Gaudium*, insiste varias veces en que la teología también tiene que asumir una actitud de ‘salida’ o de superación de las tentaciones que llevan a la autorreferencia. Se alude claramente a la necesidad de adoptar un método más interdisciplinar o a la ‘transdisciplinariedad’ como ejercicio más adecuado para una teología con vocación de apertura y de diálogo. Lo cierto es que ya el Papa Benedicto XVI apretaba en esa misma dirección, cuando llamaba a un mayor empeño de diálogo entre fe y razón, algo que claramente implica una actitud de salida por parte de la teología y de encuentro e intercambio con la filosofía y las ciencias. Tengo la impresión de que ese ha sido el punto que menos eco ha

encontrado en el Magisterio del Papa emérito, que sí ha sido celebrado por muchos admiradores en otras áreas.

De nuevo nos encontramos con un problema similar al que ya se ha revisado en el punto anterior: la teología tiene que abandonar su 'zona de confort' si quiere empeñarse en un diálogo fecundo con otros saberes y ciencias. Ahora bien, esa es la cuestión: si preferimos seguir un programa autorreferencial, y que se construye sólo dentro de la propia tradición, o si avanzamos hacia un programa abierto y dialogante, dispuesto a aprender de otros 'lugares teológicos'. Dicho diálogo sólo podría aportar ventajas a la investigación teológica, que a menudo ha ignorado – a su propio riesgo – los resultados de otros estudios que podrían ayudar a conocer mejor aspectos críticos de la realidad y de claro impacto en la fe y su vivencia. El ejemplo ya citado de la teología que trataba de hacer las cuentas con la secularización galopante es sólo un botón de muestra. Lo cierto es que una generación de teólogos ignoró los estudios de los sociólogos de la religión sobre el problema del declive religioso, sus debates y los análisis que se han prodigado después, cuando ese tema ha estado más candente y ha motivado innumerables estudios y publicaciones. La incapacidad para aprovechar todo aquel bagaje se tradujo en una visión completamente desenfocada de uno de los problemas más graves que sufre la fe cristiana en las regiones occidentales. Todavía se percibe un cierto retraso o casi una desgana teológica a la hora de hacer las cuentas con la profusión de estudios que tratan de dar razón de las distintas formas de desinterés religioso o de desafección hacia las iglesias. El tema sigue siendo la cenicienta en los intentos de presentar el valor de la fe cristiana, un descuido incomprensible cuando se tiene en cuenta la amplitud del problema.

El tema de la interdisciplinariedad sigue siendo una asignatura pendiente y una prioridad si queremos renovar el discurso teológico. Esta indicación es más pertinente en unos casos que en otros. Por ejemplo, en el tratado de antropología teológica sería un grave error no tener en cuenta los estudios sobre el ser humano en varias áreas disciplinares, los numerosos debates que tienen lugar y las muchas publicaciones y congresos que tratan de comprender aspectos enigmáticos de la persona, como su autoconciencia, su lenguaje o su capacidad moral. Pero no es ese el único tratado al que le afecta más el contacto con los conocimientos externos ¿Qué decir de los estudios recientes de corte científico sobre la religión y su incidencia en la teología de la fe? ¿Qué sobre el estudio de las organizaciones e instituciones para la eclesiología? Por no hablar de disciplinas más prácticas, y también de la teología moral, a medio camino entre la teoría y la práctica, y siempre expuesta a los desarrollos de la ética en todas sus facetas y complejos ámbitos de aplicación. Ciertamente seguir tales desarrollos exige que los teólogos sean capaces de manejarse en la lengua inglesa, en la que se publica el 90% de

esos estudios. La lengua de referencia de la teología cuando yo estudiaba era el alemán, y lo aprendimos los que creíamos que era el ámbito de la mejor teología; casi nadie aprendía el inglés ni leía textos en esa lengua, que algunos incluso despreciaban. Eso ha cambiado y en nuestros días el inglés se impone como la lengua académica fundamental, también para una teología que mire al futuro.

Hay un motivo más. Una parte de la epistemología científica insiste en la necesidad de cualquier propuesta de conectarse a la red de conocimientos disponibles y de establecer una tensión coherente con el conjunto. Si la teología quiere ser reconocida y aceptada debe ser capaz de conectarse con dicha red y de proponerse como un nudo que aporta conocimiento a los demás, al tiempo que se vuelve compatible con otras ideas y percepciones de lo real. En ese sentido la teología está llamada a validarse en el contacto y la interacción con otros saberes de los que aprende y a los que aporta conocimientos sobre una dimensión de la realidad que permanece invisible para otros muchos observadores, pero que se vuelve importante y debe ser tematizada por un discurso sistemático y exigente, para el bien de todos.

#### **2.4. Una teología en clave de evolución**

La visión que tenemos de la realidad está cada vez más marcada por el modelo evolucionista, algo que también afecta a la cultura, y cómo no a la dimensión religiosa. Puede resultar demasiado obvio afirmar que las religiones evolucionan, siguiendo ciertas pautas similares a otros procesos evolutivos: variaciones, selección y adaptación al propio ambiente. Sin embargo, no siempre hemos sabido sacar las consecuencias de dicho cambio de perspectiva, que pasa de una visión estática o estable de la realidad, o de la fe vivida, a otra más dinámica, abierta al cambio y a adaptaciones sucesivas. Esa dinámica afecta también a la teología que no puede dejar de evolucionar y de adaptarse, y por tanto, no puede vivir sólo del recuerdo del pasado o de los momentos en que consiguió adaptarse mejor a un ambiente que no era ni mucho menos el nuestro.

Por supuesto que la fe cristiana proclama unos contenidos revelados que son fijos, esa revelación se ha cerrado para configurar un corpus canónico, y una cierta estabilidad es necesaria para mantener el depósito de la fe y el valor normativo de la tradición. Pero no es menos cierto que basta una mirada a la historia de la teología y de la Iglesia para darnos cuenta de lo mucho que ha cambiado a lo largo de los siglos, de las sucesivas interpretaciones que incluso han afectado a la imagen de Cristo, como nos recuerda el conocido estudio de Pelikan *Jesús a través de los siglos* (1989). También las instituciones e ideas dentro de la Iglesia han sufrido crisis y han afrontado

procesos de extinción, mientras otras nuevas surgían y se afirmaban como mejor adaptadas o más adecuadas a los nuevos retos que se iban planteando. El principio de evolución se aplica asimismo a la exigencia que ya expresó el joven Ratzinger en *Introducción al cristianismo* (1968) de asumir un carácter dinámico de la fe como consecuencia de su compromiso con la razón, cuyo carácter dinámico y evolutivo está fuera de duda.

El punto es que la teología que quiera tener futuro debe presentarse también desde una perspectiva evolutiva, en el sentido de ser capaz de observar su propia historia y desarrollo en esa clave, y de plantear sus propuestas actuales como ejercicios de selección entre muchas posibilidades y de adaptación a según qué contextos o situaciones cambiantes. Tal programa supone conceder prioridad al principio de supervivencia. El símil biológico me parece muy adecuado en este caso: la teología debe convertirse en una reflexión que ayuda a discernir las condiciones de supervivencia de la fe en medio de procesos culturales y sociales que pueden resultar hostiles, o que plantean escenarios de fuerte competencia con otras propuestas que también presionan y buscan sus propios nichos y asegurarse condiciones para sobrevivir.

El planteamiento puede parecer demasiado pragmático, pero el marco que facilitan los modelos de evolución cultural nos ayudan a comprender dinámicas que de otro modo podrían resultar más oscuras, y a plantear el ejercicio de la teología como una actividad enmarcada en procesos evolutivos más amplios en los que la fe puede jugar un papel importante, en el sentido de contribuir no sólo a la supervivencia del propio ámbito religioso o de las iglesias, sino de asistir a la supervivencia de toda la sociedad humana. Cuando nos volvemos más conscientes de la abundancia de tendencias culturales mal-adaptativas y de sus amenazas, la fe puede ser reivindicada dentro de esa clave como correctivo e impulso que ayuda a una mejor adaptación de la humanidad a contextos cada vez más difíciles. Pero claro, para asumir un papel tan ambicioso es la misma fe guiada por la teología la que debe evolucionar y adecuarse a las necesidades de estos tiempos, en lugar de estar ensimismada en sus soluciones pasadas, que en muchos casos fueron muy útiles en aquellos ambientes, y por tanto nos transmiten lecciones de interés, pero que no pueden proveer respuestas o soluciones en contextos completamente nuevos, tanto desde el punto de vista cognitivo, como de las estructuras sociales que conocemos.

Todos estamos expuestos a dinámicas evolutivas, nos guste o no, lo que obliga a repensar nuestra función en una clave de utilidad y competencia, algo que debería ser recibido como saludable y no como una amenaza o un estrés, sino más bien como un estímulo para hacer mejor teología.

### III. Retos para una teología con capacidad de futuro

Llegados al final del recorrido propuesto, es el momento de plantear los retos más urgentes si la teología quiere volverse un discurso útil y central en la vida de la Iglesia, y no algo marginal y sin apenas incidencia en la misma. La reflexión partía de un diagnóstico crítico sobre las causas del desfase entre teología, cultura e Iglesia, para seguir con algunas propuestas que permitan actualizar, agilizar y devolver relevancia a un discurso que para muchos se había vuelto una curiosidad casi esotérica. Si se asumen las indicaciones metodológicas señaladas en el apartado segundo, entonces quedan pendientes las cuestiones que deberían presidir la agenda de los teólogos en los próximos años, si aceptamos que la teología debe tener una función práctica y debe ser una elaboración útil para la fe. Considero como más urgentes los siguientes desafíos: recuperar la relevancia de la fe y contener la marea secularizadora; acompañar la búsqueda espiritual; adecuar la teología a las claves del conocimiento científico de la realidad; y devolver a la teología su capacidad veritativa y normativa para la vida de la Iglesia.

#### 3.1. Contener la secularización y devolver valor a la fe

Aunque el tema ya ha aparecido algunas veces a lo largo de estas páginas, no está de más plantearlo de forma directa y bajo el prisma de las necesidades básicas. La idea es que ha cambiado en gran medida el contexto sociocultural en el que se movía la fe, como ha señalado sabiamente Charles Taylor en su magna obra *Una era secular* (2007). Estábamos acostumbrados a vivir en una sociedad cristiana en la que la opción normal era creer, y hemos pasado en pocas décadas a una situación en la que lo normal es dejar de creer o de practicar la fe, que a lo sumo se convierte en un trasfondo cultural, en un vestigio social que sigue teniendo una relativa presencia y ocupando nuestros imaginarios colectivos, pero con un alcance práctico cada vez más limitado. Ese cambio epocal ha trastocado no sólo la estructura de la Iglesia, que deja de verse como guía espiritual y moral de sociedades enteras, sino también a la reflexión que animaba dicha fe, y que debe hacer ahora las cuentas con un escenario completamente distinto en el que no puede dar por presupuesta ninguna de las ideas que hasta los años 70 parecían adquiridas para siempre.

Ante este panorama la teología debe plantearse como un discurso que tiene sobre todo como objetivo mantener viva la comunicación de la fe y la trascendencia, para poder frenar las tendencias a su disolución, a la irrelevancia de todo lo que aluda a un ámbito sagrado, sobrenatural o trascendente. Este principio implica reivindicar de todas las formas posibles la capaci-

dad de esa fe para contribuir de forma positiva a la realización personal y al progreso colectivo, como un antídoto frente a sus peores tendencias, y como una dimensión constructiva para todos. Para ello, la teología debe recuperar una dimensión apologética que ha perdido desde hace mucho tiempo y que la ha vuelto tímida o incluso la ha dejado inerte a la hora de afrontar críticas y objeciones, o simplemente de reivindicarse como un valor positivo o como una aportación conveniente en las sociedades avanzadas.

Hay mucho que hacer en ese campo si queremos que la teología sea un instrumento eficaz en la lucha contra la marea secularizadora, una tarea que debería empeñar a toda la Iglesia. Ya se ha señalado que siendo la actividad que provee un conocimiento experto, la teología debe analizar con la ayuda de todas las disciplinas auxiliares a su alcance las distintas dimensiones de ese problema: sus causas, los factores que lo influyen y sus consecuencias, para poder ofrecer modelos alternativos, soluciones, líneas de acción que puedan ayudar a recuperar espacios perdidos para la fe, para que se pueda seguir hablando de Dios y de su gracia a pesar del silencio o de la banalización que a menudo sufre en las culturas dominantes.

Hay mucho que se puede hacer a ese respecto para restituir un ámbito religioso y para reivindicar la dimensión trascendente en una realidad que parece volverse sólo inmanente y material. Se dan varios intentos teológicos en ese sentido que animan a recuperar el sentido religioso o la dimensión espiritual<sup>6</sup>. Lo cierto es que la teología sólo podrá sobrevivir en el futuro si sobrevive la fe o si sigue reconociéndose la dimensión trascendente de la realidad, de lo contrario será sólo un discurso sobre la historia de las ideas, un reflejo de un tiempo pasado, en el que todavía se presentía la presencia de lo sagrado, pero que dejaría de tener sentido en una época sin religión.

### **3.2. Acompañar la búsqueda espiritual de nuestro tiempo**

Seguramente el lector percibirá esta formulación como algo que va a contracorriente de lo descrito en el punto anterior, y de hecho la exploración espiritual que se percibe en nuestra cultura y en muchos ámbitos puede ser leída en clave de contraste con las tendencias secularizadoras, o bien como un síntoma de lo que se ha dado en llamar ‘post-secularización’.

---

<sup>6</sup> C. Knight, *The God of Nature: Incarnation and Contemporary Science*, (Fortress Press: Minneapolis, MN, 2007); A. Yong, *The Spirit of Creation: Modern Science and Divine Action in the Pentecostal-Charismatic Imagination*, (Eerdmans: Grand Rapids, MI, 2011).

Lo cierto es que para muchos observadores el renovado interés por la dimensión espiritual no es más que una manifestación del ambiente secular, en el que la renuncia e incapacidad para recurrir a canales tradicionales que podían nutrir dicho interés, hace que bastantes entre nuestros contemporáneos vayan a buscar fuentes de inspiración lejos de la fe cristiana, e incluso planteen una dualidad entre lo ‘religioso’ y lo ‘espiritual’. De hecho, en algunos estudios empíricos se plantea a los encuestados la posibilidad de marcar la casilla – cuando se exploran las tendencias religiosas – de ‘espiritual pero no religioso/a’.

Más allá de esas anécdotas, lo cierto es que se percibe en estudios de campo un interés o búsqueda espiritual, que a menudo encuentra reflejos en los medios, y que recurre a ambientes que se nos pueden antojar extraños, por esotéricos, culturalmente distantes e incluso banales o regresivos desde un punto de vista de la evolución religiosa. Sin embargo, dicha desorientación puede convertirse una vez más en un síntoma de la inadecuación de la teología contemporánea para convencer a las presentes generaciones sobre el valor de la fe cristiana como una fuente importante de alimento espiritual, o como un sistema de creencias y prácticas capaz de satisfacer a los más exigentes buscadores de intensidad espiritual.

También la teología conoce una especialidad más bien práctica – la teología espiritual – que debería dedicarse a esos menesteres y animar a todos a vivir la fe como una fuente de crecimiento espiritual, pero probablemente algo no hemos hecho demasiado bien cuando muchos van buscando en cualquier otro sitio y ambiente fuera de las Iglesias cristianas.

El reto consiste en conectar la oferta cristiana de fe, a través de una buena teología, con las búsquedas que registramos, lo que requiere mucho más ‘trabajo de campo’ – también para la teología espiritual – y menos hermenéutica del pasado, para ofrecer a nuestros contemporáneos contenidos y orientaciones de interés y caminos efectivos de crecimiento espiritual.

### **3.3. Adecuarse a un ambiente marcado por el conocimiento científico**

Está claro que este es el tercer gran reto que debe plantearse una teología con vocación de futuro, y que no se conforma con ser sólo un vestigio de un pasado glorioso. El tema está claro: el conocimiento científico marca las condiciones epistémicas de todo conocimiento, y aunque pueden concebirse saberes alternativos, es mejor que pasen o que se adecuen a los ‘controles de calidad’ que exige la ciencia, y que asegure una comprensión más precisa y útil de la realidad.

Ya nos hemos referido al riesgo de que la teología se vuelva un discurso de tono retórico, cercano a la literatura, de cierto impacto emocional, pero

de escaso alcance cognitivo, en el sentido de ofrecer una representación convincente de la realidad o de proveer buenos argumentos que ayuden a cualificar la visión de la fe como algo pertinente en nuestro tiempo. Son muchas las estrategias y estilos que se ensayan en estos años en los intentos de validar la fe ante la ciencia y ofrecer una 'teología de la ciencia' o que encuentra inspiración o 'lugares teológicos' en desarrollos científicos. Se trata de un campo abierto y con muchas posibilidades, pero al mismo tiempo delicado y difícil. Las tentaciones son varias: por un lado, entregarse a la ciencia y asimilarnos completamente a ella, lo que conduce al racionalismo y al naturalismo con la consiguiente caída del sentido de trascendencia. Pero la tentación opuesta es refugiarnos en un cierto fideísmo que resulta de una declaración de separación y no-interferencia, una vía que ya ha sido muy transitada en teología y ha servido como pretexto para evitar el difícil compromiso de diálogo con los científicos y de reconocer sus avances.

Ciertamente un equilibrio es deseable pero complejo, y la fe tiene derecho a reivindicar una cierta 'reserva' de contenidos que son extraños al conocimiento científico, pero no hay que abusar de lo excepcional. Es conveniente mantener una cierta tensión constructiva, que respete las diferencias entre ambos estilos epistemológicos, pero que sea capaz de aprender de la otra parte y de mantener un cierto margen crítico en el acercamiento a su interlocutor. Lo que está claro es que la teología sale perdiendo si ignora esa realidad y esa fuente masiva de conocimiento que determina en buena medida nuestro acceso a lo real. Se puede aprender mucho y hay una tarea ingente para actualizar una proporción de contenidos de la fe y adecuarlos a un tipo de discurso y de visión del mundo bastante distinta de las categorías metafísicas con las que nos sentíamos tan cómodos desde la Edad Media. Todo eso ha cambiado de forma radical e ignorarlo supondría de nuevo poner en peligro el futuro de la teología.

El principio apuntado se aplica por extensión a la capacidad de diálogo con las culturas más exigentes y críticas que están presentes en nuestro entorno cultural. Si el teólogo/a no es capaz de debatir al mismo nivel con sus colegas filósofos o de otras disciplinas humanísticas, tampoco podrá cualificar su propio discurso como creíble y razonable. Esta actitud invita a los teólogos a hacerse presentes en foros académicos donde se discute sobre todo de religión, un tema que hoy por hoy trasciende los límites de las Facultades de Teología, y nos arriesgamos a perder nuestra autoridad en esa materia ante otros análisis alternativos con su propio espacio académico.

### **3.4. La capacidad veritativa y normativa de la teología en la Iglesia.**

Las referencias con las que se cierra el apartado anterior apuntan ya claramente a la necesidad de que la teología se haga respetar como un discurso capaz de transmitir un conocimiento verdadero, es decir preciso, sobre la realidad de que se ocupa, y de recuperar su carga normativa, o de orientar la actuación sobre todo dentro de la Iglesia.

La teología recupera una autoridad como discurso verdadero cuando se somete a criterios exigentes de control de calidad sobre sus resultados y propuestas. Para ello ya se han apuntado algunas condiciones, que me limito a refrescar ahora. En primer lugar, ese discurso debe tener en cuenta los avances en campos cercanos, o que intentan comprender realidades y procesos que también interpreta la reflexión de la fe. De ahí que los teólogos deban necesariamente estar bien informados sobre el desarrollo en otras disciplinas que estudian la persona humana, la sociedad, y por supuesto la religión. Es inexcusable la ausencia de teólogos en ambientes académicos, como congresos internacionales, en los que se presenta lo más reciente en la investigación sobre la religión o sobre la persona. Esa exigencia se extiende a la necesidad de estar bien informados sobre las publicaciones de mayor impacto y los estudios en curso que marcan la agenda de la investigación en esos campos. No es admisible que los teólogos ignoren ese bagaje cuando tratan de entender la fe, el ser humano, la Iglesia, y su lugar en la sociedad de hoy; no podemos – si queremos ser tomados en serio como discurso veritativo – basarnos sólo en los textos de nuestra tradición plurisecular. No es de recibo que algunos teólogos hablen de economía sin haberla estudiado, o de medicina sin saber de qué va, y por extensión de otros campos científicos. Hay que ser en esto serios y rigurosos si queremos que nos respeten.

El otro principio para que nos crean es que seamos capaces de apoyar con datos nuestras afirmaciones y propuestas, es decir que seamos capaces de asumir un método más empírico. Es algo que ya me ha pasado algunas veces cuando he tratado con colegas del estudio científico de la religión: me han preguntado cuál es la evidencia empírica que sostiene mis análisis. Por supuesto que yo también lo exijo a mis colegas de otras disciplinas cuando quieren hablar de religión o de fe, para que no frivolicen en ese campo tan delicado; ahora bien, dicha exigencia es mutua y requiere por nuestra parte un cierto compromiso con la realidad empírica. Lo mismo ocurre cuando presentamos nuestras conclusiones a pastores o a creyentes cualificados: si queremos evitar la sospecha de que nuestro discurso se basa en especulaciones sin mucho alcance y esperamos ser tomados en serio, entonces la teología tiene que ser capaz de aportar datos, sean históricos o bien fruto de

laboriosa recolección en trabajos de campo, encuestas y formas varias de verificación empírica.

El tercer punto que hay que asumir en ese esfuerzo de credibilidad es el de un giro más pragmático, es decir, que la teología se plantee constantemente cuáles son los problemas más acuciantes que afronta la fe y la comunidad de creyentes, y que intente afrontarlos con los instrumentos más adecuados a su alcance, sin limitarse a su propia tradición o a los recursos internos. Debería haber terminado la época en la que los teólogos no nos sentíamos preocupados si la Iglesia sufre ataques o atraviesa graves crisis de credibilidad a causa de escándalos o de su pérdida de significado social. La actitud del teólogo o de la teóloga debería ser más similar a la del ingeniero/a que trata de solucionar los problemas y de facilitar que las cosas funcionen mejor, lo demás es secundario.

Todo ello pone en juego la capacidad normativa de la teología, es decir, su aportación a la hora de discernir qué es mejor y qué es peor en la praxis de la Iglesia, cómo conviene anunciar la fe, qué hay que corregir para superar dificultades, cómo afrontar los retos más urgentes. Está en juego el reconocimiento de los teólogos como expertos en grado de orientar y asistir en la toma de decisiones y en la acción de la Iglesia. La teología no es un adorno retórico ni una actividad gratuita cercana a la contemplación, sino un empeño imprescindible a la hora de decidir cuáles son las estrategias eclesiales más adecuadas en un momento muy crítico para la fe.

La teología puede y debe tener un futuro brillante, pero sólo si cambia bastante de estilo y de orientación, si asume los retos que tiene ante sí y se cualifica como discurso de cierto prestigio académico. Ello le hará ganar reconocimiento tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, algo que por ahora estamos bastante lejos de lograr.

**Bibliografía:**

Jones, James W., *Can Science Explain Religion? The Cognitive Science Debate*. Oxford, New York: Oxford University Press, 2015.

González de Cardedal, Olegario, *El quehacer de la teología*. Salamanca: Sígueme 2008, 238.

Oviedo Torró, Lluís, «La teología ante el reto del anti-intelectualismo en la Iglesia», en *Testimonio y sacramentalidad: Homenaje al Profesor Salvador Pié-Ninot*, ed. por J.L. Cabria y R. de Luis. Salamanca: San Esteban, 2015, 307-332.

Pié-Ninot, Salvador, «40 Años De Teología Fundamental en España (1978-2018). Un Balance». *Carthaginensia* 34/66 (2018), 307-338.

Rausser, Randall, «Theology as a Bull session», en *Analytic Theology: New Essays in the Philosophy of Theology*, ed. por O.D. Crisp & M.C. Rea, Oxford: Oxford University Press, 2009, 70-85.

Theobald, Christoph, *El estilo de la vida cristiana*. Salamanca: Sígueme, 2016.

Pelikan, Jaroslav, *Jesús a través de los siglos*. Barcelona: Herder, 1989.

Ratzinger, Joseph, *Introducción al cristianismo*. Salamanca: Herder, 1968.

Taylor, Charles, *La era secular*. Barcelona: Gedisa, 2014.

Knight, Christopher C., *The God of Nature: Incarnation and Contemporary Science*. Minneapolis MN: Fortress Press, 2007.

Yong, Amos, *The Spirit of Creation: Modern Science and Divine Action in the Pentecostal-Charismatic Imagination*. Grand Rapids, MI: Eerdmans, 2011.